

¡Ay tío Miguel, si pudieras volver a tu Cáceres!

Querido tío Miguel, mi maestro, mi amigo:

Te van a recordar estos días de noviembre, el mes de los muertos, cuando las hojas se caen de los árboles. En tu familia había una tendencia a nacer en el día de difuntos. Me citabas nombres de parientes entre ellos tu bisabuelo el romántico y carlista marqués de Torres-Cabrera, consuegro de doña Carolina Coronado. Y hasta Blanca, tu hija pequeña, siguió la tradición naciendo un día 2 de noviembre. Tu en cambio naciste un 28 de diciembre de 1899, tres días antes del final del siglo XIX. Pero en la fecha de tu centenario estaremos en vísperas del siglo XXI, del cambio de milenio. Con buen acierto han preferido consagrarte estos mediados de noviembre, que es un tiempo evocador y nostálgico.

Te van a recordar en un ciclo de conferencias que es un justo tributo a tu memoria. Van a hablar de tí personalidades como José Miguel Mayoralgo, tu alumno más aventajado, como tu decías ya cuando era un estudiante de derecho que hacía horas extras en los archivos. O Antonio Rubio Rojas, el Cronista de Cáceres, que es, el propio, una crónica viva de la ciudad. Y yo simplemente voy a escribirte una carta con todo el cariño que sigo sintiendo hacia tí, como un pequeño homenaje a tu querido recuerdo, a esa amistad nuestra que nació tarde cuando tu estabas en el ocaso de tu vida y no lo sospechabas, y te sentías lleno de proyectos e ilusiones. Poco tiempo tuviste para enseñarme tu Extremadura, para contarme tus historias que tan bien sabías contar, tú el gran conversador, pero esos pocos años en que te dig-

naste darme tu amistad, entera y generosa, pertenecen a las cosas hermosas que me han pasado en la vida.

Hace ya muchos años que te fuiste tío Miguel, veintisiete exactamente, que duermes tu sueño eterno entre todos los tuyos, en ese gran panteón grisáceo de piedra, muy cerca de la pequeña capilla neoclásica, en la avenida central del cementerio. Te has quedado en tu mundo tío Miguel, entre muertos que fueron amigos, conocidos tuyos, con sus vidas acabadas de la que tu sabías, en un rincón cacereño que por milagro se conserva igual a como tu lo conocías. Porque tu Cáceres, ese Cáceres que tanto querías, a la que supiste descubrirle y describirle el alma de ciudad antigua encantada, de capital de provincias aniñada, entre anistócrata y «campuza», ese Cáceres ¡Ay tío Miguel que pena! ya no existe. Están sus piedras más o menos bien conservadas o adulteradas. Pero el espíritu, ese ya no está. Si pudieras volver al mundo, aunque sólo fuera por unas horas, yo te cogería de la mano, e iríamos a recorrer los nuevos Cáceres que han surgido en todas direcciones y que crecen sin parar y se extienden invadiendo el entorno inmutable de siglos, hasta coger ya las primeras dehesas del término: Los Frates, Moctezuma, la Mejostilla, Los Castellanos. Y te llevaría a un lugar que yo amé mucho, que amo mucho aún. Justamente ese trozo de calzada con puente de piedra, que va desde la Calle Fuente-nueva hasta la Huerta del Conde, y que en otros tiempos, durante cientos de años, fué paseo de caballeros y damas. Nos adentraríamos en un jardín donde tú pasaste tantas tardes amenas, charlando con mi abuela Ana, portuguesa y literata, que como a ti nada le encantaba más que hablar de Historia y Literatura. Y entraríamos en la que fué mi casa y hoy es Museo y bajo las bóvedas blancas guarda recuerdos tuyos en una urna cerrada, vecina de los recuerdos de otros cacereños ilustres. Y te contaría que mi casa familiar se salvó del derribo y no se convirtió en un solar para edificar bloques, y ahora luce resplandeciente, gracias a un solo hombre, a un político con sensibilidad, Manuel Veigas, que supo rescatarla y embellecerla.

Seguiríamos luego andando hacia San Francisco Extramuros tan bien restaurado, y apenas a dos pasos, verías con asombro una especie de bunker que podría ser con imaginación una versión de mastaba vanguardista. Una enorme masa de ladrillos rojo chillón, que inexplicablemente se ha levantado sin una sola protesta, empequeñeciendo

la silueta de torres barrocas del convento-panteón convertido en Centro Cultural, destrozando un paraje antiguo y legendario, calleja entre huertas con leyenda de mora encantada que se aparecía en las noches de San Juan, calleja de la Mansa Alborada, de la Mansaborá como la llamaba el pueblo de Cáceres.

Luego para quitarnos el mal sabor de boca, subiríamos despacio por cuestas empinadas y por el barrio que tu llamas «el Triunfo de lo Eterno» andando hacia tu casa, hacia esa Plazuela de Santa María que fue tu paisaje, y adentro, en tu despacho lo encontrarías todo idéntico a como lo dejaste aquel día que te sentiste tan enfermo que no tuviste fuerzas para bajar las escaleras y proseguir con la cuartilla que quedaste a medio escribir. Desde la ventana con reja por donde tu veías Santa María, la plaza te parecería esa misma que duerme de noche y de día, como dijo el poeta. Y yo no te contaría que en los fines de semana, cuando el «Botellón» lo invade todo, lo profana todo, la plazuela y sus alrededores y casi el casco viejo entero, las plazas y las calles están llenas de cristales, de botellas estrelladas contra el suelo, de jeringuillas usadas por drogadictos, de charcos malolientes de orines, de heces humanas contra los portales nobles de granito con sus puertas de herradura. No, eso no te lo contaría querido tío Miguel. Es demasiado triste.

Te recuerdo siempre pero estos días mucho más, con todo mi cariño, con toda mi nostalgia.

FÁTIMA MARTÍN-PEDRILLA